

Signos de los tiempos: ¿Signos del fin del mundo?

Ricardo Bentancur

Resumen

¿Qué son los signos de los tiempos? En la realidad histórica que le toca vivir, ¿puede advertir el cristiano los signos del fin del mundo? ¿Son todos los signos temibles o, por el contrario, hay también en la historia signos que nos llenan de esperanza? Y, en definitiva, los presuntos signos, ¿son tales o son tan sólo el resultado de la imaginación febril? Las reflexiones que siguen intentarán responder a estas preguntas e iluminar la cuestión de los signos de los tiempos. En otras palabras, la propuesta es indagar la relación entre la misión histórica y la misión eterna de la iglesia.

Palabras clave: tiempo – fin del mundo – historia – escatología – misión de la iglesia

Summary

What are the signs of the times? In the historical reality that the Christian lives in he is capable to anticipate the signs that predict the end of the world? Are all these signs to be feared or on the contrary there are signs in the history that fill us with hope? And above all, are these signs real or just the mere result of a vivid imagination? The reflections that follow try to answer these questions and to enlighten the matter of the signs of the times. In other words, the proposal is to investigate the relationship between the historical mission and the eternal mission of the church.

Key words: time – end of the world – history – eschatology – mission of the church

Résumé

Quels sont les signes des temps? Dans la réalité historique où il vit, peut le chrétien percevoir les signes de la fin du monde? Tous les signes sont-ils redoutables ou, par contre, y a-t-il dans l'histoire quelques signes remplis d'espoir? Et finalement, ces signes présumés sont-ils vraiment des signes, ou ils sont seulement le produit d'une imagination fébrile? Les réflexions suivantes tâchent de répondre ces questions et illuminer le sujet des signes des temps. Dans d'autres mots, la proposition est d'étudier la relation qu'il y a entre la mission historique de l'église et sa mission éternelle.

Mots clefs: temps – la fin du monde – histoire – escatologie – mission de l'église

LOS SIGNOS DE LOS TIEMPOS

La teología de los signos de los tiempos vive hoy un momento de auge dentro de las diferentes denominaciones eclesíásticas cristianas (que se acrecienta en el marco del fin del milenio), pero este auge resulta en muchas ocasiones desmesurado. Por ello es necesario examinar a fondo la cuestión. Esta teología tiene su origen en el Apocalipsis y en la experiencia bíblica de la historia, y reapareció siempre en el cristianismo en las épocas de crisis de la historia

universal; y con tanto mayor fuerza reapareció cuanto mayores eran las crisis. Ahora bien, como la historia de la humanidad ha sido una historia de sucesivas crisis, la cuestión de los signos de los tiempos, y más precisamente de los signos del inminente fin de los tiempos, ha estado siempre presente en la teología y en la vivencia religiosa del cristiano.

La pregunta por los signos de los tiempos no tiene hoy, para el cristiano común, la finalidad de ordenar y periodizar la historia, ni tampoco la de descubrir, reflejados en ellos, los intereses, valores o sistemas de ideas que mueven la historia a fin de discernir mejor la actitud que, como cristianos, nos exige el momento presente. Antes bien, se trata de preguntar por los signos de los tiempos desde el punto de vista del fin temido o esperado. De este modo, la expresión “signos de los tiempos” ha quedado reducida en cuanto a su significado a esta otra: “signos del fin del mundo”. La pregunta por los signos del fin se convierte entonces, para la teología de los signos de los tiempos, tan en boga en estos días, en el horizonte dentro del cual se interpreta el curso de la historia y la experiencia personal e histórica de cada cristiano. Sin embargo, como cristianos, tenemos el derecho a preguntarnos si es legítimo reducir la cuestión de los signos de los tiempos a un mero buscar, en cada crisis o en cada problema que afronta la humanidad, la señal de una hecatombe inexorable e inmediata.

Si queremos responder como cristianos a esa pregunta, no podemos dejar de recurrir a la Escritura. Dentro de la Escritura reconocemos dos tradiciones diferentes. La tradición de la historia del Éxodo, para la cual los signos no son signos del final, sino, ante todo, “signos y prodigios” que anuncian la salvación que libera al hombre y salva al mundo. Pero junto a esta tradición hallamos también la tradición apocalíptica, según la cual las crisis y horrores de la historia son signos del fin terrible que se aproxima. De acuerdo con estas dos tradiciones bíblicas, la expresión “los signos de los tiempos” es ambigua: alude tanto a “los signos y prodigios”, es decir, a los signos positivos de la salvación, como a “los signos del fin”, es decir, a los signos negativos del fin del mundo. “La tradición del Éxodo es aplicada a la interpretación de la historia mesiánica de Jesús, así como a los apóstoles; la tradición apocalíptica a la interpretación de los acontecimientos cósmicos e históricos a la luz del fin del mundo”.¹ Por lo tanto, los signos de los tiempos no se refieren necesariamente a los signos del fin, sino que ellos incluyen los signos y prodigios del futuro éxodo en la libertad que Cristo nos ofrece. De hecho, podemos distinguir dos tipos de teologías de los signos de los tiempos según se orienten hacia la tradición del

¹ Jürgen Moltmann, *La iglesia, fuerza del espíritu. Hacia una esesíología mesiánica*, trad. Emilio Saura, (Salamanca: Sigueme, 1977), 63.

Apocalipsis o del Éxodo. Sin embargo, la iglesia, tal vez como un modo de atemorizar y conservar su poder en épocas en que el individuo, la sociedad y el Estado se apartan de modo creciente de sus directivas, puso el acento decididamente en los signos apocalípticos del fin, relegando a un segundo plano los signos y prodigios de la salvación. Por nuestra parte, y en contra de lo actualmente en boga, intentaremos no disolver la tradición del Éxodo en la tradición apocalíptica, sino distinguir ambas orientaciones teológicas y considerar la relación existente entre los dos tipos de signos que nos ofrecen los tiempos: los mesiánicos de salvación y los apocalípticos de aniquilación.

LA ORIENTACIÓN APOCALÍPTICA HACIA LOS SIGNOS DEL FIN DEL MUNDO²

Si tomamos como punto de referencia la reacción de las teologías cristianas ante la Revolución Francesa, veremos cómo se expresan y se diferencian las orientaciones teológicas referidas a los signos de los tiempos. La orientación apocalíptica de las iglesias cristianas (tanto católicas como protestantes) puede, en cierta medida, identificarse con una opción política conservadora frente a una revolucionaria surgida en el seno eclesiástico en ocasión de la revolución francesa. Pero ya se hallaba presente como tendencia desde los comienzos de la modernidad, toda vez que los teólogos habían identificado las revoluciones y la alteración del orden imperante como signos de aproximación del fin del mundo. Refiriéndose a la revolución de 1789 y también intuyendo el clima revolucionario de la Alemania de entonces, que plasmaría en la revolución de 1848, el teólogo luterano August Vilmar afirmó que “la revolución era la bestia abominable del abismo”,³ y agregó: “Aquí –en Alemania— el espíritu maligno de la negación y de la destrucción ha hecho todo lo posible por arruinar y destruir el orden divino y la igualdad ante la ley, que consiste únicamente en la necesidad de salvación, que es la misma en todos, y ha reemplazado esta igualdad divina, no por una igualdad humana, sino bestial”.⁴

De un modo similar, el teólogo calvinista Abraham Kuyper afirmó, refiriéndose a las señales revolucionarias que se extendían por Europa a principios del siglo XX, que “el principio de la revolución permanece anticristiano y se ha extendido como un cáncer, para minar y socavar todo aquello en que se apoyaba nuestra conciencia cristiana”.⁵ Estas tradiciones

² El término apocalíptico tiene el sentido de catastrofismo.

³ R. Strunk, *Politische Ekklesiologie im Zeitalter der Revolution* (München/Mainz: 1971), 236.

⁴ Ibid., nota 18.

⁵ Abraham Kuyper, *Reformation wider Revolution, Sechs Vorlesungen über den Calvinismus* (Berlin: 1904), 4.

conservadoras se mantienen, en el fondo, fieles a la imagen de la iglesia como poder ordenador frente al caos que representa cualquier intento revolucionario. Pero el ejercicio de este poder ordenador se fundamenta desde un punto de vista apocalíptico: la crisis social y la consecuente decadencia del poder eclesial en la determinación de la vida de los individuos es interpretada como inequívoco signo histórico de la proximidad de la segunda venida de Cristo. Los signos de los tiempos son, entonces, colocados en lugar de las leyes de la naturaleza, de la economía y de la sociología, y se pretende explicar a todas ellas por estos signos. Por lo tanto, si la revolución —entiéndasela a ésta como se la entienda— es el signo anticristiano del fin de los tiempos, puesto que instala el caos y cuestiona el poder de la iglesia, entonces ha llegado la hora de la separación final, y la iglesia, en cuanto es la comunidad unida en Cristo que ha de venir a acabar con el caos imperante, ha de incorporarse a la lucha antirrevolucionaria. Y así como la iglesia debe separarse de todo movimiento revolucionario que cuestione el orden establecido y su propio poder y prepararse a luchar contra él, el fiel particular debe separarse de todo individuo que no se sujete estrictamente a las directivas de la iglesia y comprenderlo como un potencial enemigo al que, de la mano de Cristo, habrá de enfrentar y vencer cuando llegue la lucha final apocalíptica. En síntesis, encontramos aquí, por un lado, una postura apocalíptica de la función de la iglesia que va acompañada de una evidente politización y que la convierte en una fuerza contrarrevolucionaria; y, por otro, el afán de separar a la iglesia y sus fieles de su compromiso con el mundo, en la preparación para el combate final que ya está próximo, como lo delata precisamente el hecho de que la propia iglesia no tiene poder sobre el mundo y de que el mundo, sin la sabia mano rectora de la iglesia, está en crisis.

A esta teología apocalíptica en el seno de las iglesias cristianas, surgida en la época de la revolución francesa y que anunciaba como continuación inmediata de la revolución un fin del mundo que todavía se hace esperar, se opone una teología de los signos de los tiempos de orientación mesiánica.

LA ORIENTACIÓN MESIÁNICA HACIA LOS SIGNOS Y PRODIGIOS DE LIBERACIÓN

Como consecuencia de una interpretación contrapuesta del mismo fenómeno, a saber, la revolución francesa, surgió la eclesiología mesiánica, hoy caída en el olvido a nivel masivo. También ella se basó en una interpretación de los signos de los tiempos desde el punto de vista del estar adviniendo hacia el fin de la historia. Pero en este caso, la revolución francesa no fue considerada un anticipo de la inevitable hecatombe con la que la furia divina pondría fin a este mundo y a todos los impíos que en él habitaran. Por el

contrario, fue saludada como un acontecimiento mesiánico, como un signo inequívoco de que el hombre se encaminaba hacia la proclamación de los derechos naturales del hombre. Y la Ilustración fue vista por esta eclesiología mesiánica, dentro de la tradición del Éxodo, como un tránsito de una fe ciega y dogmática a una fe pensante. En este tránsito se pasa de esperar el cumplimiento apocalíptico y terrible del fin del mundo a obrar en favor de una aproximación y anticipación continua del Reino de Dios sobre la tierra, que reúne —en vez de separar— a todos los hombres y realiza, de este modo, el ideal universal de la iglesia. Esta tradición mesiánica entiende al cristianismo como religión de la libertad y a los derechos de todos los hombres como anticipaciones del Reino de Dios sobre la tierra.

Un ejemplo de interpretación mesiánica de los signos de los tiempos como signos y prodigios que anuncian el estar en camino hacia el Reino nos lo ofrece el teólogo protestante Richard Rothe. Para él, la reivindicación de igualdad y libertad que lleva consigo la revolución no son en modo alguno “abominaciones de la bestia”, ni el libre uso de la razón es signo de ateísmo, ni la deseclesialización del cristianismo es signo de su ruina. Muy por el contrario, son prodigios del espíritu liberador: “Si en la situación actual se quiere encontrar el camino de la cristiandad, la preparación para ello es el reconocimiento de que el estadio eclesiástico de la evolución histórica del cristianismo ha pasado y el espíritu cristiano ha entrado ya en su estadio moral”.⁶ Así vistas las cosas, el cristianismo debe abandonar su cerrazón en las estructuras eclesiásticas jerárquicas y secularizarse, comprometerse con el mundo, a fin de moralizar la sociedad y humanizar la política. En este tránsito de la eclesialidad a la moralidad, de la separación entre elegidos y réprobos a la cristiandad universal, de la religión del culto y el rito a la vida y a la responsabilidad por la vida de todo lo vivo, se consuma la aproximación del Reino de Dios. Cuando éste se alcance, la iglesia jerárquica, tal cual es concebida institucionalmente, ya no será necesaria, pues el fin de la iglesia no es ella misma y su propia expansión, sino el Reino de Dios que reúne a todos los hombres y que constituye la verdadera Iglesia. De los signos y prodigios que él (y tantos otros) veía en la Ilustración, la ciencia, la democracia y la libertad, Rothe concluyó que la época del tránsito había llegado y que el feligrés piadoso pertenecía al pasado. El cristiano nuevo sería el habitante de un mundo nuevo: el mundo de la moralidad, la igualdad y la cultura. Un mundo tan nuevo que —agregaríamos nosotros— aún no ha llegado.

Una interpretación tan diversa de un mismo fenómeno —la revolución francesa— nos deja perplejos. Ella fue signo del fin del mundo y también de la

⁶ Citado por Moltmann, 68.

llegada del Reino. Pero ni lo uno ni lo otro han ocurrido. Ante esta situación cabe volver a preguntarse: ¿qué dicen los signos de los tiempos y a la luz de qué expectativas, intereses e ideologías previas deben ser interpretados? El problema es hoy tan actual como en 1789. Si entonces fue la revolución francesa la que signaba la historia europea en un sentido positivo o negativo, según el ángulo de cada teólogo, hoy son la resistencia a la globalización, la lucha contra la explotación de los países subdesarrollados por las potencias del denominado “Primer Mundo” y las incipientes protestas de los pueblos oprimidos contra el colonialismo económico quienes signan la historia universal. Los signos se han vuelto más numerosos, pero siguen siendo signos de un mismo estado de cosas: el cuestionamiento de las relaciones de poder instauradas en nuestra sociedad. Y los modelos fundamentales de interpretación de esos signos siguen todavía vigentes: el mesianismo y la apocalíptica. La incipiente lucha contra la globalización y la rebeldía de algunos pueblos a someterse al orden establecido por los más poderosos es saludada por unos como un signo y prodigio de liberación, como la obra del Espíritu sobre la tierra; y, por otros, como una revuelta de terroristas y un signo más, junto con las catástrofes naturales y el relajamiento de las normas morales, del fin del mundo. Análogamente se ha agudizado en la cristiandad el contraste entre la opción conservadora y la progresista. La división entre el terrorismo apocalíptico, por una parte, y el fanatismo mesiánico, por otra, es promovida y alimentada por teologías que interpretan de modo contrapuesto el signo de los tiempos. Pero no hay ninguna duda de que ambas teologías, la mesiánica y la apocalíptica, más allá de su apariencia escatológica, tienen un significado eminentemente político. Pero, ¿hasta qué punto tanto una interpretación como la otra no son, si no interesadas, al menos arbitrarias? ¿Hasta qué punto el cristiano, en tanto cristiano, puede creer en interpretaciones iluminadas de los presuntos signos de los tiempos?

CRISTO: EL ÚNICO SIGNO DE LOS TIEMPOS

Las orientaciones que acabamos de describir carecen de fundamento y criterio teológico, es decir, no se fundan ni se reglan por la persona y la historia de Cristo. Sin duda la expectativa escatológica propia del cristianismo permite que en su seno surjan estas interpretaciones, pero no podemos evitar pensar que lo que las motiva, antes que un interés religioso o teológico, es un interés político o social, aun cuando este interés permanezca inexpresado y aun cuando quienes creen en estas interpretaciones no sean conscientes de los intereses que las generan. Por eso, la iglesia debería apartarse de esta forma incontrolable de escudriñar la historia, y buscar en la vida de Jesús, en su aparición en el mundo, su obra y su predicación, el único signo de los tiempos

relevante para la fe. Pues “el reino no vendrá con advertencia, ni dirán: ‘Helo aquí o allí’, porque he aquí el Reino de Dios está entre vosotros” (Lucas 17:21).

Este enfoque cristológico de la iglesia en el único signo con el que ella ha comenzado, es necesario para salir del pesimismo o del optimismo ocasionales que acompañan a las puras especulaciones sobre los ‘signos de los tiempos’. Este enfoque es indispensable para someter los intereses políticos inexpressados que dominan aquellas imágenes de la época al interés de Cristo.⁷

Vista la cuestión desde la perspectiva adventista, la historia de la iglesia cristiana puede dejarnos vitales enseñanzas. En cuanto iglesia de Cristo, la iglesia se nutre hoy de sus enseñanzas y de su promesa de salvación. No debe vivir en el temor de la hecatombe anunciada por oscuros signos, sino en la certeza interior del advenimiento mesiánico del Reino. Y debe saber que encuentra esta certeza en la persona de Cristo resucitado y no en ciertos eventos históricos. No debe poner la vista en la **señal** tanto como en el **Señalado**. La certeza de la salvación la reencuentra cada vez que en su obrar cumple la misión que le encargó Cristo y anticipa, así, la llegada del Reino. La tarea de la iglesia no debe ser agotar los “signos mesiánicos de los tiempos” en las señales del fin del mundo, y permanecer ajena a la realidad histórica abstraída en una expectación aterradora. El mensaje de nuestra iglesia no debe enfocarse en el efectivo cumplimiento del Reino a partir de interpretaciones iluminadas de la historia, sino en la fe en la promesa de Cristo, y en el cumplimiento de la obra para la cual Cristo la consagró. “El espíritu del Señor está sobre mí porque me ha consagrado para llevar la buena noticia a los pobres” (Lucas 4:18).

¿Será necesario buscar los signos más allá de Cristo (en la historia, en la sociedad, en la economía o en la política) cuando los signos prometedores de salvación se han cumplido en la persona del Salvador? “Hoy mismo se ha cumplido esta Escritura delante de vosotros”, dijo Jesús (Lucas 4:21). Por lo tanto, la esperanza en la salvación final, fundada en la promesa y en la resurrección de Jesús, no puede ser sustituida por especulaciones sobre un misterioso plan salvífico o condenatorio de Dios a comprender a partir del desarrollo de la historia.

¿Significa esto que no debemos atender las advertencias divinas expresadas en el sermón profético de Mateo 24? De ninguna manera. Significa que no debemos quedarnos varados en las señales, sino ver en ellas el cumplimiento pleno del plan de salvación. Que debemos ver la vida, la muerte y la

⁷ Ibid., 71.

resurrección de Cristo en favor de la salvación del mundo. Que debemos nutrirnos en esa visión, para luego interpretar los signos de la historia. Significa, además, que los signos de los tiempos no se agotan en las señales del fin del mundo, y que esto implica consecuentemente un mayor compromiso con el mensaje de Cristo al mundo. Significa, finalmente, que las señales del fin del mundo deben interpretarse a la luz del signo de los tiempos, Cristo Jesús, y no los signos de los tiempos a la luz de las señales del fin.

Si Cristo es por excelencia el signo de los tiempos, según reza en Gálatas 4:4, entonces también por excelencia estos signos, que se concentran en su persona y su promesa, son de naturaleza mesiánica, pues anuncian la liberación de la muerte y el reinado de la vida, el tránsito de la mano del Mesías del imperio de la muerte al Reino de la Vida. La iglesia debe descubrir y redescubrir constantemente estos signos mesiánicos y esperanzadores, no en acontecimientos políticos o sociales, sino en la Palabra que la sostiene y en el cumplimiento de la predicación del Evangelio. Hacerlo equivale a ver y —me atrevería a decir— a verificar la presencia del Espíritu en el curso de la historia. Y los “signos del fin”, los signos apocalípticos, los signos de las crisis cada vez más profundas que atraviesan la historia, sólo pueden ser considerados **a partir y en el horizonte** de este signo mesiánico centrado en la promesa de Cristo y en la misión de la Iglesia. Ellos tienen, por consiguiente, un carácter **secundario**.

Los signos del fin no deben enajenarnos de la vida y de la responsabilidad y compromiso que tenemos para con un mundo que perece. “No te ruego que los quites del mundo, sino que los guardes del mal”, oró el Señor en su oración intercesora (Juan 17). Mientras el riesgo de la orientación mesiánica es que se disuelva la misión de la iglesia en un optimismo humanístico, el riesgo de la orientación apocalíptica es que despreciemos el mundo en que vivimos (“de todos modos ha de ser destruido”) y consecuentemente no encontremos en el dolor la ocasión para ser usados por Cristo como instrumentos de consuelo y esperanza. Más aún, es a este último riesgo al que hay que estar más atentos como adventistas: al riesgo de que el mensaje de los apóstoles del catastrofismo no nos lleve a un punto ciego donde perdamos de vista el sentido de nuestra Iglesia en el contexto de su historia, de su misión, y de la historia del mundo. Los signos del fin no deben arrojarnos en la pasividad y en la espera temerosa del holocausto, sino que, considerados desde la historia liberadora del Espíritu de Cristo que la iglesia realiza en cuanto cumple con su misión evangélica, adquieren el rango de ocasiones para sembrar esperanza allí donde impera la ruina. Es decir, se transforman en oportunidades históricas para que el cristiano convierta por medio de su obrar y de su fe los momentos de decadencia y de muerte en anticipaciones históricas del futuro Reino de

Gloria. Justamente porque Cristo es el “signo de los tiempos”, las crisis históricas son oportunidades en las cuales el cristiano buscará cumplir la misión de amor que Cristo le encomendó. “Pues no es la crisis del mundo la que lleva a la *parusía* de Cristo, sino la *parusía* de Cristo la que pone fin a este mundo crítico”.⁸

Ricardo Bentanur
Pacific Press
Dirección: 1350 N Kings Road
Nampa 83687, Idaho
ESTADOS UNIDOS
E-mail: riben@pacifiqpress.com

Recibido: 30 de noviembre de 2001
Aceptado: 12 de abril de 2004

⁸ Ibid., 72.